

Lauro

boletín cultural

Núm. 3

Barcelona, Mayo 1950

LA SIGNIFICACION DEL ATEISMO CONTEMPORANEO

Este artículo es un conjunto de notas que han servido para las clases de Teodicea en la Universidad. Adolecerá, por tanto, de un cierto esquematismo. No importa. La cultura de los lectores suplirá las deficiencias y rellenará los vacíos doctrinales de la desabrida explicación.

por RAMON ROQUER, Pbro.
Catedrático

ESTAMOS lejos de la época de Buloz, el desaprensivo director de la *Revue de Deux Mondes*, que se permitió rechazar un artículo teológico a dicha revista enviado, alegando que "Dios no es de actualidad"; y mucho más todavía de la de Robespierre quien afirmaba que "el ateísmo es aristocrático". Hoy el problema de Dios ocupa el centro privilegiado de la atención de los pensadores y el ateísmo ha invadido las vastas zonas de la vida popular; si no sonara peyorativamente la frase, diríase que se ha "democratizado".

Claro que entre un libertino del gran siglo y un "sin Dios" de la Rusia contemporánea hay diferencia notable. Que el primero, fátuo y petulante, no quería nada por encima de su persona, mientras que el segundo ataca a Dios no como a Señor del Universo sino como aliado de las clases dirigentes, confundiendo con el "burgués". Pero si queremos precisar con rigor un concepto y no perdernos en consideraciones sociológicas, nos será fuerza prescindir de la historia y lanzarnos a descifrar el *por qué* y el *cómo* de la negación de la existencia de Dios. Solo como ilustración de lo sistemático puede aceptarse el recurso a casos concretos.

Lo primero que choca después de dilatadas incursiones por la fronda de las pruebas de la existencia de Dios es la existencia misma del ateísmo. Zubiri lo recuerda: "un verdadero ateísmo es cosa por demás difícil y sutil". En efecto, si por cualquier vía se llega a ver claro que la existencia del hombre es constitutivamente religada (a Dios, se entiende), no tiene sentido —teórico al menos— el ateísmo. Ni siquiera constituye un problema la posibilidad de *encubrirlo* (a Dios, naturalmente). Lo que podría llegar a ocurrir sería un vivir "como si" Dios no existiera, como si no reinara sobre el mundo. Ateísmo práctico este, que si es pavoroso como forma de vida individual y social—léase la pastoral del recientemente fallecido Cardenal de París, "Le sens de Dieu"—ofrece al análisis filosófico escaso interés. El fariseo que se dice creyente en Dios y en realidad adora al mundo, al poder o al dinero es un fenómeno de escasísimo interés doctrinal, aunque merece el celo apostólico que le induzca a un cambio de vida. No nos interesa en esta ocasión.

Tampoco hace al caso el *seudo ateísmo* de los que creen que no creen en Dios, como dice Maritain en su reciente opúsculo: "La signification de l'Athéisme contemporain", pero que en realidad creen inconscientemente en El, porque el Dios cuya existencia niegan no es Dios, sino cualquiera otra cosa. Basta corregir la nomenclatura para dejar en claro su situación. Quedan los *ateos absolutos*, quienes niegan realmente la existencia del verdadero Dios, Creador, Salvador y Padre, cuyo nombre está infinitamente por encima de todo otro que podamos pronunciar. Estos tales no solo sienten su existencia *desligada* sino de cambiar el sistema de valores al uso y de rechazado. Son combatientes decididos contra la Entre la pléyade de escritores contemporáneos destaca por su influencia Gide. Copiamos dos frases "El solo Dios en quien podría creer —ha escrito— no le merece el nombre de Dios". Apostasía, ¿quién sabe si no encubre una añoranza? Y en bre la tierra virgen, bajo un cielo a repoblar" y prosigue: "pero con todo, lo que antaño llamaba sentimientos, de impulsiones..., todo esto me parece interés que el resto del mundo, que mi mismo y noción de Dios puede quede desfigurada, late bajo las candentes palabras una confesión de que no ha logrado repoblar el cielo y que la tierra, incluida la humanidad, no es tan virgen, ni tan poderosa para substituir ventajosamente la tradicional creencia.



La empresa nacional que echó sobre sus espaldas la Falange —un poco alegre y deportivamente primero, grave y dramáticamente, después— tuvo que ser, desde su origen mismo, una tarea resueltamente revolucionaria. Y, aunque la pasión política se haya empeñado tozudamente en ignorar la auténtica dimensión del concepto revolucionario y a pesar de que la demagogia y el tópico fácil han sembrado la confusión prostituyendo la terminología revolucionaria, no vacilamos en reiterar desde estas páginas —que quieren ser estandar de la inquietud cultural española— la clara exigencia de que desde el 1 de abril de 1939 a esta parte, no puede —si debiera o no ser así, es ya otra cosa— haber una política de educación nacional, que no sea llevada e impuesta con un ritmo auténticamente revolucionario. Tampoco puede olvidarse —y, si se ha olvidado en algún momento, es también otra cosa, aunque, naturalmente, de mayor gravedad— que para esto se hizo la guerra y se ganó la Victoria, gracias a la acumulación de esos impulsos revolucionarios felizmente dirigidos. Alcanzado el poder, llegó la ocasión de realizar la tarea revolucionaria "desde arriba" y ello justifica plenamente el hecho de que el Estado recabe para sí toda la autoridad y la responsabilidad para dirigir e impulsar, en este caso concreto, el vasto repertorio de actividades e iniciativas que vienen a integrar la cultura de una nación y la educación de un pueblo. Y es en este sentido que afirma el punto 23 de la Falange: "Es misión esencial del Estado, mediante una disciplina rigurosa de la educación, conseguir un espíritu nacional fuerte y unido...". Ahora bien, la cultura la hace, la crea, una sociedad; la educación —un determinado o variable nivel de educación— solamente la posee una sociedad. Deber del Estado —tan riguroso como el vigilante ejercicio y custodia de sus derechos —es, en primer lugar, dotar a la sociedad de los instrumentos los medios y los estímulos para que se forme y eduque. Correspondiendo a este deber del Estado, tiene la sociedad la obligación de perfeccionarse humanamente, y para ello, debe disfrutar de una relativa libertad, si bien le cabe al Estado un derecho de tutela y vigilancia sobre el uso que de esta libertad se haga. Que exista una razonable disciplina de la educación no quiere decir que se pretenda imponer ni siquiera tolerar una usurpación del Estado en las funciones de la sociedad, bien por allanamiento de sus derechos o por suplantación en su ejercicio. Pues no se educa desde un Ministerio o una Inspección de 1.ª Enseñanza, sino en la escuela y en la cátedra; a través de la prensa y el libro, como tampoco se hace cultura desde cualquier Rectorado o una Dirección General, sino en el laboratorio y el seminario; a través de conferencias, viajes, e intercambio de comunicaciones sobre descubrimientos y progresos de la investigación en todo el mundo.

En resumen, la disciplina es orden, y el orden requiere que cada cosa esté en su sitio, y que cada uno —Estado, Sociedad, Universidad, corporaciones e individuos— guarde el suyo con celoso y eficiente sentido de la propia responsabilidad.

(Pasa a la pág. 14)

Al evocar, hoy, la figura de José Antonio, interesa más destacar su carácter vivo de arquetipo humano, que su gloriosa condición de héroe muerto, porque entendemos que así conviene mejor a nuestro propósito de presentarle como modelo perdurable de enseñanzas políticas. Naturalmente que no nos referimos ahora a la política como profesión o como motivo de especial dedicación al regimiento de los negocios públicos, sino, en su más noble acepción de punto — ideal y real a la vez — donde confluyen y se entrecruzan desde los menudos intereses a los más grandes afanes colectivos de los hombres.

José Antonio no fué — primero porque no quiso y después porque ya no pudo volverse atrás — lo que comunmente se ha dado en llamar "un hombre de su tiempo". Por sentirse en rebeldía contra el mundo que le rodeaba, contra los "hombres de su tiempo" propiamente, tuvo que elegir el camino revolucionario. Pero, precisamente en este no haber sido hombre de su tiempo, está la clave que nos explica sencilla y claramente, sin necesidad de acudir a mesianismos visionarios, la impresionante actualidad, la fresca vigencia de sus enseñanzas. José Antonio se anticipó a su generación y por esto tuvo más "seguidores" que "colaboradores" y ha tenido más "discípulos" que "imitadores". José Antonio fué un hombre hecho para nuestro tiempo, de la talla, el temple y la mentalidad que el mundo de hoy necesita para salvarse. Esto agrava la triste orfandad en que nos dejó, y aunque sus más fieles seguidores se afanan en actualizar su doctrina, lo hacen — inconscientemente y aun contra su voluntad — con la mentalidad de lo que ya entonces eran: hombres de su tiempo, y que ahora se van quedando en "hombres de otro tiempo"... Y en ello radica el gran peligro de las "revisiones" y las "actualizaciones" del pensamiento de José Antonio que algunos propugnan. Porque no se trata de adaptar sus palabras a la situación presente, con milagros de prestidigitación y tergiversaciones leguleyas, sino, sencillamente de hacer lo más difícil: adecuar nuestra conducta y nuestra vida misma a las normas y exigencias de su doctrina.

Así, hoy, mientras los cimientos de la sociedad burguesa crujen bajo el peso de las masas encaramadas en el poder; cuando tanto se habla de la proletarización de la sociedad, de la desaparición de la clase media y de la postergación del espíritu ante la arrogancia de la moderna tecnocracia, se alzan voces que pretenden levantar al mundo, proclamando, unas, la "rebelión de las minorías" y otras, gritando: "¡aristocracias de todo el mundo, unfos!". Mas, si se quiere arrancar a la sociedad moderna del cieno de la proletarización y masificación en que ella misma — por su ambición desmedida que la ha llevado hasta la saturación de sí misma — se ha hundido, ello no se logrará levantando nuevamente la bandera de la lucha de clases, porque hoy, la clase de "los más", instalada sobre el puño marfileño

Ha sido nombrado para la Cátedra de Petrografía de la Universidad de Barcelona, el ilustre doctor don Alfredo Sanmiguel Arribas, al que damos la enhorabuena y la bienvenida en nombre de todos los licenciados y doctores de este Distrito Universitario y del Departamento de Educación Nacional.

B. O. E. 7 abril 1950:

Orden de 8 de marzo de 1950, por la que se anuncia a concurso de traslado la cátedra de "Geografía General y de España" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo.

Orden de 8 de marzo de 1950, por la que se anuncia a concurso de traslado la cátedra de "Historia Antigua, Universal y de España" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca.

B. O. E. de 9 abril 1950:

Orden de 8 de marzo de 1950, por la que se anuncia a concurso de traslado la cátedra de "Geografía general de España" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

B. O. E. 10 abril 1950:

Decreto de 24 de marzo

Señalamos, como nota más destacada del presente mes la presencia en Barcelona del Excmo. señor Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, que quedó muy complacido de la labor que esta Delegación de Educación Nacional está realizando en Barcelona. Fué visitado por nuestro Delegado Provincial, don Eugenio Fuentes Martín, que le expuso la adhesión del Departamento y de la revista "LAYE", adhesión que ahora renovamos desde estas columnas.

de 1950, sobre Formación Religiosa, Educación Física y Formación del Espíritu Nacional en los Centros de Enseñanza Media y Profesional

B. O. E. 12 abril 1950:

Decreto de 24 de marzo de 1950, por el que se regulan los estudios de los Centros de Enseñanza Media y Profesional.

B. O. E. 13 abril 1950:

Rectificación al Decreto de 24 de marzo de 1950, por el que se regulan los estudios de

los Centros de Enseñanza Media y Profesional.

B. O. E. 14 abril 1950:

Orden de 25 de marzo de 1950, por la que se convocan a oposición las cátedras de "Historia del Arte" de la Facultad de Filosofía y Letras de las Universidades de La Laguna y Oviedo.

B. O. E. 15 abril 1950:

Orden de 4 de marzo de 1950, por la que se aprueba el Reglamento de las Escuelas de Ingenieros Industriales.

B. O. E. 23 abril 1950:

Orden de 3 de abril de 1950, por la que se convoca a oposición la cátedra de "Derecho Canónico" de la Universidad de Zaragoza:

B. O. E. 25 abril 1950:

Orden de 12 de abril de 1950, por la que se convoca a oposición la cátedra de "Historia General de la Cultura" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada.

B. O. E. 29 abril 1950:

Orden de 31 de marzo de 1950, por la que se dispone la publicación del Escalafón de catedráticos numerarios de Universidad.

del bastón, ha dejado de ser contera y lleva las de ganar...

Hay que arrumbar, pues, el mito trágico de las clases — aquel insolente y vanidoso "aun hay clases" — y restablecer las auténticas "categorías" de la sociedad. Categorías en el trabajo y en el ingenio; en el señorío y en el talento, en el mandar y en el hacer. A ello apuntaba José Antonio con su fina intención al "distinguir" del trabajo manual y aun del intelectual, aquel, "magisterio de costumbres y refinamiento" al que hemos aludido ya desde esta columna, un tanto solitaria. Refinamiento que no puede confundirse con el disfrute sensual de unas ventajas materiales, para el que guarda José Antonio uno de sus más duros y despectivos juicios al afirmar "...los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro del hambre de un pueblo, éstos, intérpretes materialistas del mundo son los verdaderos bolcheviques. Y CON UN BOLCHEVISMO DE ESPANTOSO REFINAMIENTO: EL BOLCHEVISMO DE LOS PRIVILEGIADOS" ("A. B. O.", 31 de julio de 1935).



BOLETIN CULTURAL EDITADO POR LA DELEGACION DE EDUCACION NACIONAL DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DE CATALUNA Y BALEARES

REDACCION: EN LA DELEGACION DE EDUCACION NACIONAL; JEFATURA PROVINCIAL DEL MOVIMIENTO, PASEO DE GRACIA, 38. BARCELONA

ESTE BOLETIN SE DISTRIBUYE ENTRE TODO EL PROFESORADO OFICIAL DE ESPAÑA Y A TODOS LOS COLEGIADOS EN CIENCIAS Y LETRAS DE BARCELONA



DE ENSEÑANZA MEDIA

Acementemente se censura a la juventud universitaria actual desde algunos sectores, tachándola de poseer "más codicia que ambición, más afán de comodidad que de renovar, más respeto indiferente a los hombres viejos, que redescubrimiento de los auténticos", y hasta se dice que "nuestra Universidad llena de alumnos, se encuentra vacía de juventud".

Muy duras son estas afirmaciones hechas así, sin más preámbulos; mas hay que reconocer que tienen su fundamento en un hecho real que no se señala: la imperiosa necesidad de dar solidez, firmeza y prestigio a la Enseñanza, en todos sus grados, tanto más cuanto que, habiendo medios propicios para lograrlo, solamente lo imposibilitan circunstancias aleatorias que cada día aparecen puestas en mayor evidencia.

O se toma la Enseñanza Universitaria como continuación de la Media, lo cual es absurdo, ya que la Universidad tiene función propia y bien definida en su labor de seminario, laboratorio e investigación, no fábrica de Bachilleres como creen algunos, o por el contrario, se considera dicha enseñanza como resultado de cultivar la Universidad los más altos grados del saber humano.

En este caso es preciso que el escolar llegue a ella no sólo con el deseo de saber y aprender, sino con una doble preparación: la espiritual, que tanto contribuye en la formación de su personalidad, educándole en un ambiente de sana moral, recta justicia y exquisita bondad, y la cultural capaz de colocarle en las mejores condiciones de poder emprender y seguir con provecho, los estudios universitarios.

Esta doble labor es la que debe realizar la Enseñanza Media, y requiere una condición previa esencial, hoy, más necesaria que nunca debido al desbordamiento que impera en ella: la selección del profesorado.

Resulta altamente contradictorio que, mientras el Estado sigue eligiendo escrupulosamente sus profesores de Enseñanza Media relegándolos a la función docente, y en cualquier otra profesión el intrusismo es perseguido por la Ley, en cambio en la delicada misión de procurar la formación cultural y espiritual de los futuros escolares universitarios, no se ponen trabas a cuantos desaprensivos se dedican a la Enseñanza Media en la esfera no oficial. ¡Y cuidado que el anecdotario es ya rico en referencias de todos los matices, y que los Colegios oficiales de Licenciados y Doctores reclaman continuamente para suprimir tales abusos!

¿No es ésta, acaso, una de las causas que más contribuyen a conservar el carácter memorístico en nuestra Enseñanza Media y sus exámenes, impidiendo que todo ello tenga el nivel docente que su naturaleza y finalidad requieren?

Es verdaderamente anacrónico, que después de recomendarse en el preámbulo de la Ley Sainz Rodríguez; la necesidad de sustituir la técnica memorística "por una acción continuada y progresiva sobre la mentalidad del alumno que dé por resultado, no la práctica de recitaciones efímeras y pasajeras, sino la asimilación definitiva de elementos básicos de cultura", nos encontremos con unos cuestionarios oficiales por los que campean las realidades más opuestas que la Ley se propone conseguir; quien con detenimiento los lea y coteje, podrá observar en ellos no sólo la falta de conexión entre las materias afines, sino la ausencia total de toda unidad pedagógica.

¿Cómo es posible que en estas condiciones, los escolares preuniversitarios puedan asimilar los elementos básicos de cultura que se desea que adquieran?

Una Ley que en su contenido abre portillos por los que al alumno calificado con 3, 2 y hasta 1 punto, le permiten escamotear durante siete años, los conocimientos más elementales en dos asignaturas cada curso, es el procedimiento indirecto para reconocer el derecho a la vagancia en quien no desea estudiar, fomentar el desinterés por aquellas disciplinas que no agradan, y lo que es más grave, mutilar la labor docente del profesor, cercenándole todo estímulo entusiasta en el recto cumplimiento de su deber.

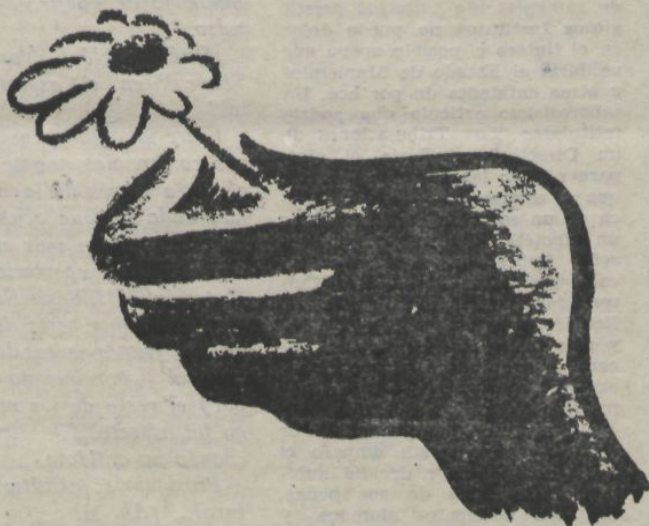
Que tan grave error se ha tenido en cuenta en la reciente disposición creadora de los Institutos laborales, no cabe duda, pues lo prueba el hecho de volver en estos

Centros a la clásica calificación, tan genuinamente nuestra, de Suspenso, Aprobado, Notable y Sobresaliente.

Estos defectos de gran monta y otros muchos de pequeño detalle, han ido creando durante estos últimos once años, un ambiente de enrarecimiento en la Enseñanza Media que ya no se mitiga con los medios coercitivos propios que en toda enseñanza bien organizada deben existir.

Hace un par de años llegó a conocimiento de la publicidad, el hecho practicado en algunos Centros, y que consistía en ejercitar a los alumnos en vísperas de las pruebas del examen de Estado, a que éstos se pasaran entre sí los ejercicios escritos, sin ser vistos por el profesor que vigilaba; y hasta en los pasillos de alguna Universidad se han presenciado escenas de arrojar papeletos a las aulas de los examinandos por parte de personas que no eran escolares precisamente y de los que por su atuendo personal, cabría esperar de ellos un concepto más serio y noble de lo que es la educación de la juventud.

Se dirá acaso que éstas son las formas con que hoy se manifiesta nuestra picaresca estudiantil, pero es lo cierto que todo ello unido a "que durante los siete años de estudio se han pasado de cualquier manera, tal vez, y esto lo sabe todo el mundo, por medios inconfensables" (esta frase es harto conocida) se ha concluido por crear una tónica "sui generis" en una amplia zona estudiantil, con lo que hay que convenir en dar la razón a quienes temen "el riesgo de que nuevamente se malogre la futura clase dirigente, cuya ausencia tantas veces ha puesto la sociedad española al borde de su total ruina"; y por nuestra parte, añadimos nosotros, que esos riesgos no provienen precisamente del hogar paterno, al presentar los hijos en las discusiones de sobremesa "el ejemplo y los criterios de papá sobre la carrera de más pesetas, los criterios y apuros de mamá sobre el abrigo de menos pesetas", sino que en la sociedad de hoy, hay contaminado algo más que el "ambiente de la familia burguesa española" para hacer a ésta "la principal culpable en la tarca formativa de sus hijos".



A. O. T.

Catedrático

A PROPOSITO DE LOS NUEVOS CENTROS DE ENSEÑANZA MEDIA Y PROFESIONAL

Es este tercer intento legal para el establecimiento en los medios rurales de la Segunda Enseñanza. El llorado General Primo de Rivera creó los Institutos locales, anulados por la República, que dió paso después a los Institutos elementales. La base III de la Ley de 16 de julio último encomendó al Ministerio de Educación Nacional la redacción de un plan para la creación y distribución de los Centros de Enseñanza Media y Profesional.

El decreto de 23 de diciembre de 1949 aprobó el plan general de creación y distribución de los Centros, de grado docente medio, que tendrán por especial objeto poner esta enseñanza al alcance del mayor número posible de escolares, iniciarlos en las prácticas de la moderna técnica profesional y capacitarlos para el ingreso en Escuelas y Centros técnicos.

Es intención del legislador acometer la implantación gradual de estos Centros conforme a las condiciones demográficas, a las características naturales de las comarcas y al apoyo que presten al Estado los Municipios u otras entidades públicas o privadas. Los establecimientos de alumnas, donde hoy se cursa el Bachillerato universitario, podrán transformarse en Centros de Enseñanza Media y Profesional femeninos.

Para esto se instituye una nueva modalidad del bachillerato elemental, que forme para la vida y para la escuela.

Cuando todavía los profesionales de la enseñanza no nos hemos puesto de acuerdo en este punto concreto de la finalidad primordial de los estudios medios, se nos dice desde el "Boletín Oficial" que el nuevo bachillerato llenará ambos objetivos. Los alumnos deberán salir de los nuevos Centros con un modesto título de bachilleres elementales, pero ellos serán hombres, cristianos y españoles preparados para triunfar en la vida, en la técnica profesional y en los estudios superiores. Si cristaliza este honorable designio, serán ellos la envidia de nuestros flamantes bachilleres universitarios, con Examen de Estado y todo, muchos de los cuales, triste es confesarlo, fracasan estrepitosamente en la Universidad y no son más afortunados en la penosa lucha por la existencia.

Por eso me atrevo humildemente a proponer la conversión en profesionales de todos los prestigiosos Institutos Nacionales de Enseñanza Media. Decretada la mutación es muy posible que aumentara el número de nuestros alumnos oficiales. Tengo a la vista la estadística del curso 1947-48. Hay dos Institutos cuya matrícula no llega a cien alumnos oficiales. Otros veintidós no alcanzan los dos centenares; y, a juzgar por el descenso de la matrícula en los Institutos barceloneses en estos últimos años, estoy

seguro, de que el cuadro del curso actual sería mucho más desconsolador. Centros de Barcelona, Zaragoza y Bilbao con poco más de cien escolares son síntomas de algún gravísimo mal que debe ser atajado valientemente.

Convertidos nuestros Institutos en laborales es de suponer que se acometería la tarea de su distribución geográfica, o de su supresión. Refiriéndome a Barcelona, sostengo la opinión, aunque personalmente pudiera perjudicarme, que sobra más de uno de sus siete Institutos Nacionales. Los cuatro masculinos pueden muy bien quedar reducidos a dos sin mengua pedagógica y con una muy considerable economía presupuestaria. Las estudiantes estarían con otros dos muy bien servidas. El Instituto "Ramiro de Maeztu" de Madrid educa él solo a más colegiales que entre los cuatro masculinos de Barcelona reunidos; y el "Lope de Vega" y el "Isabel la Católica", muchas más alumnas que entre nuestros tres femeninos.

Cuando se equipararon en orden a enseñanza media oficial ambas ciudades no se tuvieron en cuenta las características naturales de sus comarcas.

Se acometería luego una distribución más racional de los supervivientes convertidos. Hoy funcionan dos Institutos masculinos en la misma barriada de San Gervasio, distantes uno de otro apenas trescientos metros, y barrios tan populosos como Sarriá, Gracia, Sans, Horta o Pueblo Nuevo y poblaciones tan abundantes en juventud como Badalona, Tarrasa, Sabadell y Mataró carecen de todo Centro Oficial de Enseñanza Media. La ley Sáinz Rodríguez intentó que los centros privados de enseñanza sirvieran de "noble emulación" a las instituciones oficiales. He estudiado "noblemente" el emplazamiento de las Escuelas Pías en Barcelona y su provincia. Son también siete sus colegios de Bachillerato, emplazados en Sarriá, Diputación, Balmes, Ronda de San Pablo, Sabadell, Tarrasa y Mataró. Del "enemigo" el ejemplo dice el saber popular. La "emulación" que nos impuso don Pedro ha de incitarnos a copiar "noblemente" este ejemplo elocuente y otros varios que descubrirá el curioso lector de la Relación de Colegios legalmente reconocidos publicada por el Oficial de Doctores y Licenciados en Ciencias y Letras del Distrito Universitario de Barcelona en 1949.

Por si se decidiera el cambio de categoría de nuestros prestigiosos Institutos no puedo dejar en el tintero el posible apoyo que recibiría el Estado de Municipios u otras entidades de por acá. Un sabrosísimo artículo que podría intitularse "Las Tribulaciones de un Director" escribiría el otro, para relatar las sufridas por uno que yo conozco muy bien, en busca de un solar en donde levantar un hipotético Instituto. Visitas al señor Gobernador y al señor Alcalde y el señor Delegado de Cultura del Ayuntamiento y al señor Rector de la Universidad. Tratos y más tratos con agentes de fincas y arquitectos. Inspecciones oculares de casas y solares. Kilómetros en taxi y en ferrocarril y hasta alguna frugal comida. Por fin, sin apoyo y sin amparo el atribulado Director decidió jubilarse en el local de sus penas. Allí con doscientos alumnos y

veinte profesores y tres administrativos y tres porteros, sube y baja por la misma escalera que los huéspedes de una pensión, el dueño del inmueble, un docto farmacéutico y media docena de vecinos más. Y ni en su piso le dejaron en paz. Hete aquí que un día se le ocurre al Excmo. Ayuntamiento abrir una calle y, puesto de acuerdo con una importante entidad bancaria, envían una brigada de obreros que asaltan la morada y, sin previo desahucio, derriban tapias, bóvedas y palomares y privan al prestigioso Instituto de unos escasos metros cuadrados de recreo en donde los chicos desentumecían sus miembros entorpecidos por las largas horas de tarea escolar. Desde entonces los alumnos se asoman a los balcones para captar el aire puro y juegan más tarde en una plaza pública con grave disgusto de los vecinos, cuyos cristales saltan hecho añicos más de una vez, y del vejo guardia urbano que no puede alcanzarles en sus locas correrías. Si el Instituto de mi amigo el atribulado Director fuese de los nuevos gozaría del apoyo del Municipio y de otras entidades y se albergaría en un flamante edificio y disfrutaría de otras muchas ventajas cuya reseña dejaré para otros artículos si antes no se quiebra mi pluma.

F. L.
Catedrático



INFLUENCIA DE LA BANCA EN LA CULTURA

Esta frase la oímos una vez y en verdad que nos vimos impulsados a cambiar, un verbo por otro, en cierto refrán, el cual dejamos, lindamente, transformado como sigue: "Vivir para oír".

Sin embargo, después de recapacitar, algo nos queda bullendo en el cerebro... y en el corazón, ¡qué caramba!, pues habiendo sido siempre respetuosos y tal, si a lo mejor nos "disparamos", luego nos duele.

En fin: Vamos a intentar la enmienda de nuestro inicial impulso.

¿Qué función desarrolla la "banca" en el aspecto cultural?

Entre las numerosas operaciones comerciales que se llevan a efecto a través de la Banca, no hay duda de que ocupa un lugar destacado y más en la época actual, la exportación e importación de Libros. No obstante, si bien una parte de ellos es sana y francamente de aspecto cultural (¿por qué no instructivo?) el resto de los mismos es, en tal aspecto, sólo "sedicente" cuando no antidoto.

Prosiganos: ¿Cultura? ¿Cultura?... ¡Ah, sí!

A través de la Banca se aprende "estenoritmia" y la practican con intensidad funcionarios y clientes. He aquí una asignatura verdaderamente cultural.

Otra materia muy útil y que está íntimamente relacionada con las funciones bancarias, en donde adquiere un insólito desarrollo, es la Gramática, principalmente en su especie "parda".

No olvidemos la "Aguja de Marear", además de la Geografía que, como la hiedra, se adhiere inexcusablemente a la Industria en cuestión y, con ella, la Filología, Arte que ha adquirido en verdad un potente y amplio desarrollo desde los albores de la existencia del "cambio".

Y, coronando lo expuesto, diremos que la Banca es un enorme laboratorio en el que se está constantemente experimentando lo que sucede en esa "inestable ley" de gravitación que es la Economía Política o Política Económica. Asignatura cumbre, ambiciosa, que todo lo abarca; todo lo prevé; de todo se nutre y todo lo llena.

No hay como ser una pieza más o menos cercana a la Banca, para ver cómo va, a cada instante, variando el "clima". Y ¡qué clima! Sus variaciones arrastran, en su evolución, las leyes y, por ende, los fenómenos. Las mismas causas producen, veleidosamente, efectos totalmente dispares.

En ese clima, la cultura debe tener un valor muy distinto del que tiene en otros ambientes. No es precisamente presagio de prosperidad el poseer, dentro de él, lo que, fuera, se ha dado en llamar cultura. Exige un tipo especial.

En fin, creemos que se le puede reconocer una "sui generis" influencia cultural, pero no docente.

P. S. — Olvidábamos decir que, con alguna frecuencia, sucede el que en ese clima se aprenda también contabilidad.

Don PROFANO



LA FORMACION DEL MAESTRO

Se ha hecho un lugar común hablar de la importancia de la escuela primaria, y sin embargo, se tiene tan descuidada que casi raya al abandono, la formación del maestro primario. No se comprende, pero esta es la triste realidad.

Se le prepara de cualquier ma-

nera, y se le confía luego nada menos que el encargo de contribuir a formar el carácter de los muchachos que han de desenvolverse después en la vida. La formación del carácter, ¡ahí es nada!

Parece como si ignorásemos las dificultades de tal empeño, como si no supiéramos que el carácter, además de por la salud física, está constituido por:

Fuerzas primarias.—Las fuerzas más profundas y elementales, poderosas y poco conocidas: impulsos, intintos, vivencias y todos los oscuros poderes del hombre, es decir, el conjunto anímico que constituye los dominios de lo que hoy se llama Psicología profunda.

Fuerzas espirituales.—Los sentimientos y todo el conjunto de elevadas facultades que constituyen el espíritu humano.

Fuerzas racionales.—La razón y todo el conjunto de facultades que constituyen el conglomerado llamado inteligencia.

Prácticas de vida.—Los hábitos o costumbres, las formas pecunares de obrar y toda clase de experiencias que se van adquiriendo a medida que se vive.

De estos sistemas de fuerzas, dejando aparte las energías físicas por ser las mejor conocidas y hasta las más fáciles de cultivar, ¿como se atiende a las demás en la Escuela?

Y en estos momentos de crisis de la humanidad, el extravío y desenfreno de la sensibilidad, del espíritu, de las energías profundas y el orgullo del intelecto, llevan a unas prácticas de vida con frecuencia irracionales, absurdas, opuestas por completo a las verdaderas necesidades y hasta a las verdaderas apetencias específicamente humanas.

Así ha sido posible que la ciencia, recuadrada en sí misma, llegue a resultados maravillosos, pero olvidándose de sus fines éticos, se haya ensoberbecido tanto, que las maravillas científicas mucho más adelantadas que las posibilidades de los impulsos y vivencias profundas del hombre, que las apetencias del corazón extraviado y que las rudimentarias prácticas ético-vitales, según algunos científicos de gran renombre, se hallan tal vez a punto de desintegrar al mundo acabando con la vida humana. Aunque a tanto no se llegue, la verdad es que en este panorama, la Escuela Primaria reducida a unas pocas enseñanzas puramente intelectuales, con frecuencias deficientes hasta desde el punto de vista intelectual; ¿que puede hacer en cuanto a la formación del carácter de sus alumnos? ¿Puede acaso dejar sentir su influencia en los sistemas de fuerzas anímicas que integran el carácter humano?

Debe ponérsela en condiciones de dejarla sentir, porque de lo contrario, apenas si la escuela tiene razón de existir. Pero el maestro, mal remunerado y al que se escatima toda formación, ¿puede hallarse aun contando con su buena voluntad, en condiciones de hacer mucha labor positiva?

Ciertamente no, y creemos además que tampoco se sigue muy bien camino para mejorar el lamentable estado de cosas existentes a la sazón.

La Escuela Primaria, colaboradora esencial de la familia, debe contribuir a la formación del carácter del niño:

Por medio del ejemplo vivo del maestro, que porque les ama sabe hacerse amar de los niños, elevándolos gracias al amor que mueve el corazón y el intelecto, del plano positivo de la realidad al elevado plano del espíritu, en alas del cual se eleva hasta el Sumo Hacedor.

Por medio de la atinada educación intelectual, basada y fundamentada en los principios cristianos, en los que se asientan el sentido de la vida y el fin del hombre.

Por medio de la vida de la comunidad infantil, en la que gracias a las prácticas de vida y a las vivencias que se van acumulando, hace el muchacho su aprendizaje para la futura vida social adulta. Pero la escuela actual, descuidando el poder del ejemplo que arrastra, ya que no solo hay ejemplo es según el refrán el mejor predicador, sino también y por ello, el mejor educador, y desdendiendo así mismo el valor fundamental de las vivencias sociales y espirituales infantiles, apenas se preocupa mas que de enseñar cosas, de aumentar y aumentar sin medida las materias del programa que casi nunca se hace completo, y todo lo mas, cuando se hace, de perfeccionar las técnicas de enseñanza de esas materias.

Y el resultado a la vista está. En las grandes ciudades sobre todo, hasta los niños participan del desenfreno de la vida.

Ahora bien; ¿nos preocupamos mucho de que el maestro sea él un carácter, única manera de que pueda formar los de sus alumnos? ¿Nos preocupamos mucho tampoco de enseñarle siquiera la manera de conocer el carácter de los muchachos?

Ciarto que no es necesario que los maestros primarios sean precisamente genios, ni psicólogos de gabinete ni mucho menos intelectuales engreídos y ridículamente pedantes; pero si es indispensable, además de enseñarles a enseñar bien enseñadas las materias del programa, que sean personas ya de uno ya de otro sexo capaces de complacerse en el trato de los niños; que sean capaces de entusiasmo ante la ingenua belleza y ante las posibilidades del alma infantil; que sean capaces de amar y por tanto de inspirar amor; capaces de respetar a las pequeñas personas que se les confían y de enseñarlas a conducirse por sí; capaces de predicar con el ejemplo en todo lo referente a integridad moral, elevación de espíritu, energía equilibrada, fe viva, generosidad, dignidad de conducta, etc.

También es conveniente que sepa conocer las energías, los poderes e impulsos profundos, la sensibilidad, la inteligencia, el espíritu en suma de sus alumnos... la mejor manera de cimentar buenos hábitos... Hay que enseñarle todo esto o bien dotar a la escuela de los elementos que faciliten al maestro este conocimiento para poder obrar en consecuencia. Ello es necesario, ciertamente muy necesario, pero... Dejo a la consideración de todos el pensar si tenemos centros de preparación del maestro en condiciones de ni siquiera intentar esta formación.

CONCEPCION SAIZ-AMOR
Doctor en Pedagogía



CARTA ABIERTA A LA REDACCION DE LAYE

Señores redactores de
"LAYE":

Si me permiten una presentación sucinta de mí mismo les diré simplemente que soy un lector bien intencionado. No creo, sin embargo, que sea tan sólo mi buena intención lo que me ha hecho imaginar a ustedes como bien intencionados escritores. El tono que trasciende las páginas y las líneas de su Boletín cultural es de una refrescante pureza de ideales y de un cristalino afán de superación. Pero a mis oídos ese tono aparece como mezclado a otro que no acierto a definir con más exacta denominación que la de preinfantil ingenuidad.

Tan simpáticos me han sido ustedes a través de la lectura de uno de los números de su Revista, que me creo en el deber de procurar decepcionarles en sus ilusiones para que no puedan quejarse de no haber dado entrada en sus filas de idealista juventud a alguna voz más o menos teñida de escepticismo.

La principal preocupación motora que parece haber impulsado la redacción del número de su Boletín correspondiente al mes de abril es la de reforma de los planes de enseñanza actualmente vigentes en este nuestro compartimento estanco del Planeta.

Ello me hizo simpatizar aun más con ustedes. Pero por lo mismo me siento forzado a referirles una pequeña experiencia que creo aleccionadora.

Frescas aun en mi cerebro las impresiones producidas por la lectura y finalizada la última página de su Revista, la inercia de lector me impulsó a coger de mi mesa un ejemplar de otro periódico distinto. Se trataba de un periódico de provincia, no importa cual, porque la especie está extendida por todo el territorio nacional. Me sonaba aun en los oídos del alma aquello que en las páginas de "LAYE" afirma el señor A. C. T.: "Es necesario atajar de raíz el mal y éste reside fundamentalmente en una catastrófica concesión de la Ley Sáinz Rodríguez, en el privilegio que tiene hoy todo colegio reconocido de aprobar o desaprobar lo mismo que los Cen-

tros oficiales..." etc. Simultáneamente con los ojos del cuerpo iba yo leyendo muy otra cosa. La población a que el aludido periódico de provincias había referencias carece de Colegios reconocidos aunque cuenta en cambio con un Instituto Nacional. Desde sus páginas, a la vez reflejo y norma de la opinión pública, el periódico a través de una pluma autorizada proclamaba en tonos de intenso dramatismo la necesidad de poner remedio a esa lamentable situación de inferioridad. Reclamaba con urgencia e instancia la instalación en la ciudad de un Colegio capaz de "proporcionar a los padres o encargados de la educación de nuestra juventud la seguridad de que ésta pueda encomendarse a manos competentes y dignas de confianza". Felizmente el periodista, que por lo visto es algo más que mero idealista o romántico planificador, contaba con que la idea viene siendo apadrinada por una notable personalidad o cuando menos por persona notablemente relacionada con una notable personalidad. Además, y por si ello fuera poco, contaba también el celoso portavoz de la opinión pública con que sin duda cogería sus manos la realización del anhelo colectivo un anónimo personaje que por sus dotes de voluntad y eficiencia podría ser (siempre según el periódico aludido) calificado de hombre providencial. ¡Ah, los hombres providenciales!

A todo esto, el Instituto Nacional de la localidad o sus legítimos representantes no han dado muestras de que el sentido del artículo les afectase en lo más mínimo. Aparentemente mucho menos puede afectar una minucia como esa a ustedes, redactores de un periódico muy alejado, en algo más que en la simple ubicación, del episodio relatado. Pero aunque ingenuos, me han parecido ustedes inteligentes. Y si un vaso de agua más o menos turbia no da lugar a una tempestad, basta un botón cuando sólo se intenta dar una muestra.

No quiero entretener más su atención, sino únicamente recomendarles (antes de presentarles mis respetos) que presten un poco más a lo que piensan, dicen y hacen quienes gozan de la aventajada situación de poder pensar y decir en voz alta y hacer luego lo que han dicho y pensado.

Perdonen la acidez involuntaria de este pequeño desahogo y acepten que me ponga cordialmente a su entera disposición.

BURCKHARDT, EL CRITICO DEL PODER

por JUAN FERRATER

El 7 de noviembre de 1870 escribía Nietzsche a su amigo el barón von Gersdorff, desde Basilea, donde a partir de abril de 1869 ejercía el cargo de profesor de griego: "Ayer tarde tuve un gran placer que me habría gustado mucho ver compartido por ti. Jakob Burckhardt habló en público de la "grandeza histórica", completamente en el espíritu de nuestros pensamientos y sentimientos. Es un hombre de cierta edad, extremadamente original, inclinado, no a falsear, pero si a veces a callar la verdad, y que sin embargo dice "nuestro filósofo" al hablar de Schopenhauer en nuestros paseos habituales. Asistió al curso de una hora que da cada semana acerca del estudio de la historia y creo ser el único de sus 60 oyentes que comprende los pasos de su profundo pensamiento, con sus altos extraños, y sus rodeos, tan pronto como el asunto se vuelve escabroso. Es la primera vez que gozo escuchando una conferencia."

Burckhardt, en efecto, había dado en el semestre de invierno de 1868-69 un curso "sobre el estudio de la historia", que repetía en aquél de 1870-71. Era ya un maestro de la historia del arte cuya cátedra regentaba en Basilea, que tenían que culminar en 1855 en el *Cicerone*, "guía para gozar de las obras de arte en Italia", como la llama el mismo Burckhardt con título sobremodesta modesto ("pocos libros habrá que tanto estimulen la fantasía", decía a su vez Nietzsche), había publicado ya en 1853 *La época de*

años antes y que iría repitiendo hasta su muerte.

El curso que despertaba el entusiasmo de Nietzsche era, pues, un fruto de madurez; tenía que ser lo mejor de un pensamiento extraordinariamente fecundo. Pues aquellas lecciones representaban en la obra de Burckhardt un punto de inflexión decisivo en la trayectoria ideal seguida por su pensamiento. Qué hasta entonces había operado en lo vivo de sus carnes, iba a tragar definitivamente, en rápidos y energéticos esquemas, la figura esencial de la historia, su núcleo permanente de aspiraciones y fracasos, de esperanzas y dolorosos vencimientos. Era, pues, natural que su obra presentara el sello de la grandeza.

Sin embargo, fué conocida tarde y mal. *Habent sua fata. Los de este libro fueron bastante desgraciados.* Digamos ante todo que se trata verdaderamente de un libro. Según ha establecido Kuno Stademan, contra las anteriores opiniones (*Historische Zeitschrift*, tomo CLXIX, cuaderno 1.º), hemos de ver en la obra publicada en 1950 por Jacob Oeri, sobrino del autor, con el título de *Reflexiones sobre la historia universal* "un trabajo propio por completo de Burckhardt, que el mismo ordenó y dispuso para la impresión y sólo faito de repaso estilístico". El libro, sin embargo, debía titularse *Sobre el estudio de la historia*, y el título actual procede de Oeri.

Pero también el texto tuvo que sufrir alteraciones por obra del editor. Oeri, en efecto, retiró en el último momento antes de ser impresa la obra "trozos enteros del texto. Sólo en 1941 fué publicada en Berna por Werner Kaegi la obra completa, con el mismo título de Oeri, precedidas de una introducción del propio Kaegi.

La primera traducción al español de un fragmento es del año 1946 (J. E.: "Sobre las crisis en la historia", colección ENE, Madrid, edición y versión de Felipe González Vicen, con un interesante apéndice del mismo), pero posteriormente han aparecido dos versiones de la obra completa, una en la Argentina, y otra en Méjico, editadas por el "Fondo de Cultura Económica".

Ya en 1913 la calificaba Troeltsch de "arsenal de profundísimos pensamientos". Sin embargo, su reflujo empieza a manifestarse sólo después de la primera guerra mundial y no es hasta los recientes años bélicos que ha pasado a ser considerada como una de las obras fundamentales de la moderna filosofía de la historia.

¿Por qué sólo ahora? ¿Qué es lo que nos interesa en Burckhardt que lo distingue de todos sus contemporáneos, y que sólo hoy aflora a la superficie? El pensamiento de Burckhardt, en efecto, tiene, como el de otros grandes europeos aproximadamente coetáneos, así Kierkegaard (1813-1855) o Baudelaire (1821-1867), un carácter en cierto modo subterráneo, por así decir. Aunque operan en zonas



espirituales muy distantes una de otra, coinciden, en radical oposición al optimismo de la época, en su pesimismo autopológico, su aguda conciencia de las posibilidades de decadencia siempre actuales en el hombre. "La gran desdicha procede del siglo último y su autor es principalmente Rousseau con su teoría de la bondad innata de la naturaleza humana", leemos en una carta del 2 de julio de 1871.

Pero la crítica de Burckhardt no se mantiene en el plano puramente ideológico. Su análisis penetra la política de su tiempo con una agudeza total. En desconcertante parelismo con Marx, su crítica se ceba en el concepto formal de libertad introducido por Inglaterra en el mundo moderno, y distingue en el próximo futuro, con toda su amenazante realidad, los imperialismos de base económica que tenían que planear el período de guerras que estamos viviendo. Su pensamiento es en este sentido absolutamente profético.

Con todo, Burckhardt, en su obra histórica, no se interesa por los acontecimientos políticos, ni en general por ningún género de acontecimientos. Su tema no es el hacer y deshacer de los hombres, sino aquella constelación de fuerzas permanentes, predicado de la naturaleza humana, que constituye en sentido riguroso el sustrato de toda acción humana: "Como profesor de historia —escribía una vez Burckhardt— se me ha hecho claro un curioso fenómeno: la repentina desvalorización de todos los meros sucesos del pasado. Mis cursos ponen de relieve tan sólo lo histórico-cul-

tural, conservando del armazón externo tan sólo lo absolutamente indispensable" (a Fr. von Preen, 31 dic. 1870). "No la imaginaria reproducción y reconstrucción del pasado, como pretendía L. V. Ranke, su antiguo maestro, sino la comprensión universal de la posibilidad de la historia, era lo que Burckhardt entendía como objeto de la ciencia histórica."

Así pues, de un lado su consideración del presente, con la magnitud de los peligros de orden político que le oscurecen el horizonte, y del otro su filosofía de la historia vista más desde el hombre que sufre que del que actúa, le definen como el anti-político. "El poder es malo en sí mismo", dirá, con pesimismo total.

Como crítico radical del Poder es considerado ahora en Alemania. Así llama Gerhard Ritter a Jacob Burckhardt "el único historiador alemán de la época liberal que vió sin velamientos idealistas lo demoníaco del poder". Y prosigue: "Pudo verlo así porque con toda su voluntad y su obstinada conciencia de sí mismo, como suizo alemán, se mantuvo separado del movimiento nacional político alemán."

En efecto, en tanto que de algún modo tenía Burckhardt que ser determinado por su nacimiento suizo, es a éste que debemos atribuir el rasgo que le distingue claramente de su generación precisamente como antipolítico. Lo cierto es que, nacido en Basilea, en 1818, Jacob Burckhardt pertenece a una generación alemana de grandes historiadores y no menos grandes políticos. En este último aspecto, su generación es la que llevó a cabo la definitiva unidad alemana y gana las guerras con Austria y Francia. Bismarck (1815-1898) nace sólo tres años antes que Burckhardt. Mommsen (1817-1903), un año antes. Marx (1818-1880), el mismo año.

Pero Burckhardt pudo aislarse en su cátedra de la Basilea natal, y conservar su lucidez. "Las cinco tablas que forman mi tribuna tienen de bueno el que por lo menos no sea yo pangermanista, ni particularista, ni necesito predicar, ni etc., etc., sino que puedo en todas las formas dar mi opinión". Desde ella dictaría sus lecciones "sobre el estudio de la historia", ahora tituladas *Reflexiones sobre la misma historia universal*.

En esta hora del mundo, cuando su crítica del poder se revela de influjo más fecundo, es de esperar que el mismo Burckhardt nos libre, por otra parte, de más gruesos errores. Su enorme generosidad le permitía comprender a fondo el enemigo. Quizá porque él mismo se reconocía en él. ¿Qué exaltación a contrapelo de sus últimas intenciones, no pueden producir, por ejemplo, estas palabras: "Un pueblo, sólo en guerra, sólo midiéndose en lucha con otros pueblos, percibe verdaderamente toda su fuerza, porque sólo entonces existe"? Diríase que oímos la póstuma voz de Alemania.



Constantino el Grande y en 1860 *La Cultura del Renacimiento en Italia*, obra esta última que obtuvo de momento enorme resonancia. Por otra parte, en 1872, empezaría la serie de sus cursos sobre "Historia de la cultura griega", preparados desde muchos

EL NACIONALISMO ALEMAN

(REFLEXIONES SOBRE TRES HECHOS RECIENTES)

Tres detalles recientes y casi simultáneos — las estrofas del "Deutschland über alles" en boca de Adenauer, su protesta por el veto de los comisarios aliados y el subsiguiente levantamiento de dicho veto — han venido a poner nuevamente de actualidad la cuestión enojosa del nacionalismo alemán. Enojosa, porque hasta que no se resuelva será ingenuo y hasta contraproducente hablar de unidad europea. Pues dentro de Europa — resulta ya tópico repetirlo — tiene un lugar clave la nación alemana.

¿Es el nacionalismo alemán tan peligroso como se obstinan en creer los franceses?

Hay que darse cuenta, ante todo, de que el nacionalismo alemán es algo reciente. Aunque a nuestra generación que, como la de nuestros padres y aun nuestros abuelos ha vivido bajo su signo le resulte difícil creerlo, en Alemania era prácticamente desconocido el sentimiento nacional hace 150 años. Fue necesario el hecho de la ocupación francesa, después de Jena, para que apareciera. Hubo que crear la idea de Alemania, antes de que ésta adquiriera firme conciencia de su realidad como país o nación. Y tal idea nació, evolucionó y se desarrolló entre los años 1750 y 1815, para materializarse justamente un siglo después.

En ese intervalo de tiempo, Alemania pasó de un difuso cosmopolitismo de principados y ducados, "lansquenets" y emigraciones en masa a un patriotismo cosmopolita que luego se transformaría en patriotismo a ultranza en la época de Bismarck. Para hacerse nacionalista con Guillermo II y adoptar con el nacionalsocialismo unas teorías racistas.

Este deslizamiento paulatino del alma alemana, penetrada de un sentimiento cosmopolita que se remontaba a los días del Sacro Imperio, hacia el nacionalismo, se verificó por varias vías. La primera fue la del pensamiento racional que, con Herder y Humboldt elaboró un particularismo étnico, aun integrado en el universalismo — que D'Ors ha señalado tan certeramente — del siglo de las luces. La segunda la constituyó el ambiente psicológico y sentimental creado especialmente por Möser, que alentó el cultivo del orgullo germánico, aunque sin dejar de ser fiel al espíritu de su tiempo, que no oponía jamás las patrias a la "Humanidad". La tercera vía fue, finalmente, la idea del "deber", de claro origen prusiano (a tal respecto Spengler escribiría: "No hay que entender por prusiano las ideas vagas, descos y caprichos que poseemos los alemanes, sino lo que hay en nosotros de voluntad, de deber y de poder" (1) y que daría al traste con la idea de "felicidad", tan cara a los filósofos "ilustrados", orientando a los alemanes hacia la acción.

Así, en este ambiente, más de íntimo sentimentalismo que de pura especulación ideológica, nacería la idea de la nación alemana. Sus padres serían Zimmermann, Klopstock y Schlegel. El primero era un médico suizo, poeta como el maestro que había tenido en Göttinga. Cosmopolita convencido, había llegado a escribir en su tesis latina que "el amor a la patria no era en la mayoría de los casos, más que el mismo amor que un asno sentía por su establo". Sin embargo, estas palabras no le impidieron publicar en 1758, una obra titulada "Del orgullo nacional", donde exaltaba el amor a la patria, convirtiéndose en precursor del patriotismo aliado al cosmopolitismo que luego preconizaría Klopstock.

Este, como es ya sabido, fue un bardo germánico que cantó a Arminius, el héroe nacional. En 1774 publicó "Die deutsche Gelehrtenrepublik", donde exponía su proyecto, medio utópico, medio humorístico, de crear una República alemana de las letras,

las artes y las ciencias. Sin abandonarse a la xenofobia, el autor trataba también de despertar en sus compatriotas la veneración a todo lo alemán. ¿No era un crimen de alta traición preferir las Repúblicas extranjeras a la propia, escribir en un lenguaje extranjero o incitar a cualquier príncipe alemán a despreñar el genio de su pueblo? Klopstock moriría repitiendo la pregunta y otro, W. Schlegel, le daría la respuesta.

Sí; era un delito traicionar la lengua alemana, era un delito escribir en un idioma extranjero. Y Schlegel se dedicaría con todos sus ímpetus a la tarea de defender e ilustrar la lengua y la literatura alemanas, a las que llegaría a asignar una misión primordial dentro de Europa.



ARNO BREKER: "GENIO DE ALEMANIA"

Claro que todos estos patriotas no aspiraban a nada que no fuera un reino cosmopolita del espíritu, en el cual la dignidad alemana permaneciera intacta aunque el imperio sucumbiera, como escribiría Schiller, pues "tiene (el espíritu) una grandeza moral, reside en el carácter de la nación y su cultura permanece independiente de sus destinos políticos. Mientras que el imperio, organismo político, vacila, el otro imperio, comunidad espiritual, no ha cesado de adquirir una forma más sólida, más perfecta". Pero al mismo tiempo que esos ideólogos imaginaban una Alemania supraterrrestre, otros trabajaban para realizar a ras del suelo, un patriotismo cívico y territorial.

El patriotismo alemán pronto iba a encontrar quien lo encarnara. Fue Johann Gottlieb Fichte el elegido. Francés en 1793, el filósofo pronunció el 13 de diciembre de 1807 su primer "Discurso a la nación alemana". Hasta el 20 de marzo del año siguiente llevaba pronunciados catorce discursos, especie de examen de conciencia del alma alemana, ardiente llamada a la resurrección por el espíritu, por la educación del pueblo. Las catorce piezas constituyen un documento magistral para la comprensión del sentimiento nacional alemán. Sin embargo, no puede achacarse al filósofo un pangermanismo que estaba muy lejos de sentir, entre otras cosas, porque aún no había sonado la hora histórica del imperialismo nacionalista. Fichte se limitó a bautizar con el calificativo de "alemanes" sus sueños de justicia y sus ideales humanos, permitiendo así que se sirviera posteriormente de él, el nacionalismo kaiseriano y el nacionalsocialismo racista. Fichte fue un hombre del si-

glo XVIII que supo integrar su cosmopolitismo humanista en el particularismo que exigía la situación histórica, otorgando de tal manera al patriotismo toda la fuerza expansiva que poseía el universalismo.

"El pueblo alemán, a causa de su posición geográfica, debe imponer la paz a las otras naciones". De esta frase, escrita por el filósofo en 1809 (1) al germanismo expansivo y restallante de Arndt hay un paso. Pero este paso representa, nada menos, que el abandono del patriotismo cosmopolita para adoptar el patriotismo a ultranza, que caracterizaría la época bismarckiana.

Arndt, antepasado auténtico de los nacionalismos desorbitados, fue creador del vocablo casi intraducible de "Volkstum", del que el nacionalsocialismo haría especial abuso. Su obra, "Deutsches Volkstum", aparecida en 1810, preconizaba una Alemania unida, una gran comunidad germánica que desarrollara "una potencia enorme y nunca utilizada aun", una gran comunidad que instaurara en Europa "la paz perpetua" y se convirtiera en "arcángel protector de la Humanidad". Estamos en los umbrales del nacionalismo de Guillermo II.

Pero tras la derrota de 1918, esos sueños nacionalistas parecieron esfumarse para siempre. Los vencedores creyeron que unas medidas militares, bien sencillas por otra parte, bastarían para interrumpir el desarrollo del sentimiento nacional alemán. Los teóricos del último equipo no tardarían en dar mentis a tales ilusiones. Volvió a surgir el programa encarnado por Fichte en 1810 y los propios Spengler y Keyserling, aunque con diferentes metafísicas, pensaron, igual que el filósofo del XVIII, que Alemania tenía una misión futura que cumplir. Keyserling vio esa "Deutschlands politische Mission" en la victoria de la conciencia metafísica, Spengler, en cambio, anunció una lucha decisiva en la que Alemania, representando el papel de Roma en Occidente, establecería su "pax germanica".

Se hallaba en puertas la "Grossdeutschland" de Adolfo Hitler.

Hoy la mutación ha sido más profunda. La derrota de 1945 volvió a sumir, por reacción contraria, al pueblo alemán en un difuso sentimiento cosmopolita (recuérdense los miles de adeptos que el desequilibrado Garry Davies consiguió en las ciudades germanas destruidas por las bombas) que aspiraba a anular la "patria" en beneficio de la "Humanidad". Pero el ambiente del siglo XX no es igual al del XVIII. Y los germanos, por mucha que haya sido su desesperanza nacional, no han podido por menos que darse cuenta. La constitución de la República Federal representa el abandono del cosmopolitismo — mantenido todavía en la rechazada oferta de Adenauer a Francia para formar ambos pueblos una sola nación — y la adopción de un patriotismo cosmopolita que vuelve a encajar con el programa de Fichte.

¿Seguirá la evolución? ¿Se transformará ese patriotismo — perfectamente legítimo — en nacionalismo? ¿Volverá a saltar éste a los estadios del racismo nacionalsocialista?

Los franceses dicen que sí, apoyando su afirmación en los tres detalles recientes. Los ingleses parecen dudarlo. Los americanos, convencidos de que sus fórmulas democráticas lo evitarán, se han lanzado a la rehabilitación de Alemania.

Pero la verdad es que, ni unos ni otros, que no supieron ofrecer a la Alemania vencida y difusamente cosmopolita de 1945 los ideales que ésta apetecía, podrían impedir esa evolución. Pues el nacionalismo germano, una vez redivivo, volvería ahora el rostro hacia el Este.

J. RUIZ
Licenciado

(1) "Preussentum und Sozialismus", pág. 29.

(1) "Politische Fragmente". Vol. VII, pág. 571.



A finales de 1934, es decir hace dieciséis años, se proyectó en todas las pantallas mundiales "La feria de la vanidad", film de Rubén Mamoulian. Según las afirmaciones más o menos propagandísticas, la película iba a iniciar una nueva época cinematográfica: la del cine en color.

Estamos en 1950. ¿Se han cumplido los augurios de hace tres lustros? Ni mucho menos. El color continúa siendo al cine un recurso. Un socorrido recurso para salvar la insulidez de unos cuantos argumentos o la pobreza interpretativa de unas cuantas "estrellas". Hemos visto muchos intentos en color. De todos los géneros: dramas, comedias, revistas y hasta películas policíacas. Sin excepción ninguna eran, como ha dicho un crítico norteamericano, "cromos, dignos de servir a lo sumo de films propagandísticos a fabricantes de caramelos".

De todo eso tiene la culpa la baja mercantilización del cine. Al público americano y también al de los demás países —estamos hablando del llamado "gran público"— le gusta más el cromatismo amanerado y dulzón de unas "Mil y una noches" que la inteligente utilización del color en "La ciudad soñada" pongamos por caso.

Por eso hemos acogido con satisfacción la película inglesa "Zapatillas rojas". Inspirado su argumento en una actualización del conocido cuento de Hoffmann, no encontramos en todo el film una sola concesión al gusto dudoso del "gran público". El color no llega todavía a desempeñar el papel de protagonista que deseáramos para él, pero constituye una de sus más palpitantes esencias. Sus tonalidades alcanzan, sobre todo, un plano primordial en la interpretación del "ballet" que da nombre a la película. El director ha sabido dar a ese momento un ritmo esencialmente cinematográfico, sirviéndose de todos los recursos de la técnica e infundiéndolo a todos sus planos un aire mágico "feérique", que cuadra a las mil maravillas con el tono general.

Y es que —desengañémonos— el color en el cine no puede unirse nunca al realismo (de ahí el fracaso de "El hombre de la torre Eiffel", que pretendía hacer neorealismo en color) sino crear por sí mismo otro mundo, totalmente diferente del que podría captar la cámara en blanco y negro.

Hemos oído, por primera vez, a Soulima Stravinsky. Y fué un acierto de nuestra Orquesta Municipal el incluirlo entre los programas de Primavera. Porque quizá nadie como el hijo de Igor Stravinsky podría interpretar con mejor acierto las obras para piano de su padre. Soulima es un intérprete diáfano, de pulsación exacta y matemática e imbuido del espíritu clásico. Y aunque los detractores de la música moderna lo duden, nadie es mejor que un clásico para interpretar a Stravinsky, que representa en la música actual la misma precisión, el mismo cerebralismo y el mismo tecnicismo que representaron, entonces, los músicos del XV:II.

Claro está que para oír a Stravinsky hace falta una dosis fuerte de esfuerzo intelectual. Su música no está hecha para impresionar diapasones fáciles. Sólo diapasones de acero fino vibran a su influjo. Pero, por otra parte, la forma y la intención no pueden ser menos revolucionarias, menos inmersas en la grave corriente de los "ismos" efímeros. Y eso a pesar de la constante renovación y devenir en que se halla la música del gran autor, en el que se pueden señalar casi tantas épocas como obras.

Ahora bien, no se piense con eso que Stravinsky es sólo un cerebro musical. Un sentido místico, casi religioso de la música se hallaba por detrás de casi todas sus obras hasta explotar en sus últimos tiempos con el ballet "Orfeo" y la "Missa Brevis". Pero sus obras anteriores representan una especie de cuarema de penitencia musical, un "Mea Culpa" solemne a la mundanidad pegajosa de un impresionismo que se contentaba con acordes epiteliales. Del espíritu trágicamente humano de la gran música del XIX pasó Debussy a una sensualidad gozosa y refinada, a alabar el diletante "esprit de finesse". Stravinsky representa la reacción penitente plenamente clásica, la vuelta a lo constructivo, al sistema aprehendido con esfuerzo de todo nuestro ser. No es su música, ciertamente, para diletantes del espíritu. Está dirigida solo a los que saben de la profunda tragedia del pensador. Y a través de su construcción, como en un Bach, está la tragedia de lo trascendente.

Claro está que el "capriccio" que interpretó Soulima Stravinsky en el Palacio de la Música no tiene el alcance de obras posteriores. Es una construcción simplemente opuesta al espíritu epitelial de los impresionistas.



Es difícil juzgar con objetividad las directrices que la buena literatura sigue en nuestros días. Vivimos demasiado la época para poder situarla en una objetividad fría.

Pero no será nada original decir que la literatura de nuestro tiempo refleja la crisis ideológica, política y económica más grande de la historia y, por ello, es la literatura más amarga y más angustiada que haya podido leerse.

Con este contenido —es decir, dentro de las directrices de la más estricta actualidad— se nos presenta también la obra de Tennessee Williams *Un tranvía llamado deseo*, estrenada no hace mucho en sesión única por el "Teatro de Cámara". Las controversias de la crítica y del público a propósito de tal estreno nos hacen tomar cartas en el asunto convencidos, no de representar una opinión original pero sí de la más estricta ecuanimidad. Y para ello vamos a hacer un recuento esquemático de valores, tanto positivos como negativos, de los cuales nos guardaremos mucho hacer balance, pero nos servirán para detallar los tipos de reacción de espectadores y público.

a) La comedia, como hemos ya dicho, participa de la misma conciencia de "desgarramiento" que evidencian un Sastre, un Anouilh, un Simenon...

b) Es una pintura de tipos cuidada psicológicamente, en la que las individualidades están destacadas con fuerza y maestría.

c) El ambiente está destacado por medio de un ritmo de acción continuado y en el que tienen gran valor las repeticiones. Por detrás de la trama está la situación del ambiente agobiador que "englutina" la acción.

d) Pero la acción constituye al mismo tiempo una preocupación constante, de tal modo que la comedia esta concebida cinematográficamente.

e) Dentro de su género mixto de cine y teatro, con el cual no estamos de acuerdo, la obra está bien construida y bien escrita. Le sobran situaciones plásticas y el ambiente resulta un tanto artificial. Y el tema no está tratado con la profundidad teórica a que puede aspirar una obra teatral.

Pero por lo demás, no hay de qué escandalizarse. Los que no salen de su ámbito consideran siempre extraño el choque con otro distinto. Los que no saben de otras concepciones que las suyas y se asoman a la literatura o al teatro actual a verlas corroboradas se sienten defraudados.

Y los otros, los que por reacción al ambiente en que vivimos gustan de introducirse en ese ambiente denso y maligno de Tennessee Williams cometen asimismo un error de objetividad.

De la turbamulta de exposiciones pictóricas celebradas en el mes destacan dos sucesos importantes: el homenaje póstumo rendido por sus admiradores a Ivo Pascual, derribada columna de la escuela olotina del paisaje y la concesión del "Premio Condado de San Jorge", sobre un tema de la Costa Brava.

Ivo Pascual, el ilustre pintor de Villanueva, desde el fondo de la muerte, por el afecto de sus amigos, no faltó tampoco este año a la cita pictórica de la Primavera. Pero conviene que nos detengamos, un instante, a considerar los valores de su pintura; se le ha llamado justamente el "pintor de paisajes con figuras"; del profuso discipulazgo que la escuela olotina entraña, Ivo Pascual, siendo su más legítimo representante, no se dejó tentar por los demonios pánicos que todo paisaje lleva en sí; amor a la naturaleza, pero sin olvidar que la planta del hombre le imprime su huella. Sin embargo, en Ivo Pascual, gran paisajista, el hombre se hallaba en situación de inferioridad ante la naturaleza. El marco de Olot —esos grises argenteos, esos verdes húmedos, esos ocres cálidos de su paleta— devoraba al factor humano. El pintor de Villanueva pertenecía a una generación que había oído, con exceso el sortilegio de la flauta de Pan filtrándose entre las ramas de los árboles del bosque.

Pues bien; en el Premio del Condado de San Jorge, cuya exposición se celebró en las galerías Layetanas, pudo observarse el recio viraje al que se encuentra sometido el arte español estos últimos seis años de orientaciones y tanteos. Sobre un escenario "tan natural" como la Costa Brava los doscientos participantes, casi con unanimidad —en particular los más jóvenes— no han captado el puro paisaje sino que han montado, en el mismo, el temblor caliente de la figura. Pescadoras cosiendo redes o fuertes pescadores de Tossa han salido de la orilla marítima tapándonos con sus humanidades el resplandor vivo de la marea mediterránea. Como si el artista sintiese en su intimidad que la creación se estaba zampando a la criatura ha vuelto a darle la primacía de los mejores tiempos del Renacimiento.

El Arte, que es fiel reflejo de la vida, señala, pues, una de las transformaciones más gratas de España en los últimos tiempos. La vuelta a considerar los valores del hombre por encima de los valores naturales; el individuo, en nuestros jóvenes pintores ya no es mera anécdota, pintoresca de color en el vasto marco lujoso del paisaje; éste, por el contrario, se coloca como fondo o contrapunto alcanzando así la figura su más alto y apasionante relieve trascendente.



NOTAS AL ARTICULO DE NUESTRA PAGINA CENTRAL

(1) Aquí conviene hacer una observación: a quien sostendrá que el término "engagement" no tiene el sentido estrictísimo de colaboración con sometimiento a un determinado programa o hacer político. Se trataría simplemente de sentirse "colocado" en la sociedad, de saberse "responsable" ante ella. ¿Es realmente así? Sin duda que ese amplio sentido tiene el término cuando Sartre dice, por ejemplo, que el hombre que él concibe es "el hombre total". Totalmente comprometido (engagé) y "totalmente libre" (En la "Présentation" de "Les Temps Modernes", octubre de 1945.) Pero si el "slogan" "il faut s'engager" tuviera ponderado sentido —reñido, por cierto, con la etimología de en-gage-ment— en vez de presentarse como solución política, como contestación política, sería (en su aplicación al intelectual) una nueva e intensa aparición del problema de la función educativa del pensamiento y la investigación puros y de la responsabilidad que deriva de aquella función. A esto pueden ser referidas las siguientes palabras de Sartre: "Si (verdadamente)... nos esforzamos por existir mientras estamos construyendo nuestra imagen, esta imagen resultará válida para todos... Así, nuestra responsabilidad es... grande... porque compromete a la humanidad entera" (El existencialismo es un humanismo, página 26). También es cierto que el carácter esencial que Sartre otorga al ser-para-otro del hombre no tiene una consecuencia política concreta: es solo un resultado de la analítica existencia del yo y del tú, no del nosotros; aún menos del "nosotros" socialmente modificado. Y en ningún caso, claro está, de esa misma modificación. Por lo demás, en el terreno de los principios filosóficos es difícil encontrar en Sartre algo que fundamente el postulado de la colaboración política. El es quien ha escrito: "En vano... buscará la realidad humana salir de este dilema: trascender al otro o dejarse trascender por él. La esencia de las relaciones entre conciencias no es el Mitsein (en alemán en Sartre: existencia-en-común), es el conflicto. (El Ser y la Nada, pag. 502).

Pero la noción de "engagement" brota con peculiar sentido del pensamiento político de Sartre, de sus especulaciones en torno a la revolución. (No me atrevo a llamarlas "filosofía" porque no me resulta claro si su carácter contradictorio de los resultados solipsistas de la analítica existencial, reunidos en el último texto citado, es un hiato dialécticamente relevalle con todo rigor metodológico o una oposición irreductible acallada por la urgencia política de la cuestión social). En los estudios políticos de su revista ya citada (número de junio de 1946, pag. 4) escribió Sartre: "...el esfuerzo del filósofo revolucionario consistirá en sacar a luz, en explicitar los grandes temas directivos de la actitud revolucionaria. Y tal esfuerzo filosófico es una acción, ya que esos temas no pueden ser revelados si él no se coloca en el movimiento mismo que los produce, es decir, en el movimiento revolucionario". Esta declaración taxativa tiene un sentido absolutamente concreto (incluso determinado por una circunstancia personal: Sartre deseaba encontrar un terreno para su entendimiento con el marxismo). Por eso los marxistas han contestado a Sartre con crítica ironía: "Bien, hay que comprometerse, pero ¿comprometerse a qué? —"s'engager, à quoi?"—. A lo que el filósofo, creemos, no podría contestar sino: "a vuestro partido... o al que funde yo". (Y esto último nos parece lo más verosímil. A fin de cuentas, un filósofo no se enrola más que bajo

su propia bandera; aunque, eso sí, llevada ya, en este caso, hasta el terreno de lo político).

(Todos los subrayados son míos.)

(2) "Les Temps Modernes", noviembre de 1946.

(3) Quiera el lector abstenerse de buscar en estas líneas intención otra que la propuesta — que es tan solo considerar sumariamente las raíces filosóficas de un hecho social concreto. Por eso puede perdonarse el uso de expresiones un tanto vagas: no afecta a la exactitud del desarrollo el que en esa imprecisa caracterización del Idealismo no quepan tendencias como la transcendentalista del Schelling de la filosofía del mito y la revelación. Así también podrán perdonarse otras vaguedades no fundamentales en que estamos obligados a incurrir.

(4) Divina Comedia. Purgatorio. Canto VI.

(5) Diógenes Laercio, en el párrafo tercero de la vida de Anaxímenes.



SIGNIFICACION DEL ATEISMO...

(Viene de la pag. 1.º)

Maritain declara que las tres formas de ateísmo indicadas se desprenden de las actitudes posibles del hombre. Y añade que desde el punto de vista del contenido lógico de las diversas filosofías ateas, cabe considerar otras dos: el ateísmo negativo y el positivo. Por ateísmo negativo "entiende" el rechazo de Dios substituyéndolo por el vacío. Entonces la existencia del ateo se reduce a vivir todo lo confortablemente que se puede, en el ámbito de una libertad empírica de hacer lo que nos place, o bien, en un plano metafísico, el vacío creado por la negación de Dios, devasta todo el universo de pensamiento y la libertad que reivindica para el yo humano es una independencia absoluta, una suerte de divina independencia. Nadie ignora que los libertinos aludidos y los pesimistas, estilo Kirilof de Dostoiewski, encarnan los dos miembros de la subdivisión del ateísmo negativo.

Por ateísmo positivo, entiende un combate positivo contra todo lo que nos recuerda a Dios. Es un antiteísmo mejor que un ateísmo y encierra el más desesperado esfuerzo para reconstruir el globo intelectual y la consiguiente escala de valores. Desde Nietzsche hasta los contemporáneos existencialistas encontraríamos representantes a granel. De momento no nos interesa si la experiencia de que parten es una intuición metafísica o un reflejo psicofisiológico.

El ateísmo de nuestros días sería a la vez absoluto y positivo. Situación histórica, pues, la nuestra sin precedentes debida al conjunto esfuerzo del racionalismo burgués y del revolucionarismo social. Aquél, soltando vientos de autonomía —la diosa razón—, éste, exacerbando el anhelo de felicidad temporal de las multitudes. Un existencialista famoso, Sartre, ha resumido ambas dimensiones, al escribir: "El hombre es libre, absolutamente libre; si

no lo es, es porque no quiere serlo. Mas, para establecer tal libertad, no basta derribar el reino de Júpiter, ni anunciar la muerte de Dios. Todavía hace falta limpiar el cielo inteligible de los pretendidos valores trascendentes que el racionalismo laico ha suspendido en él. como substitutos de Dios. Todavía conviene abolir la noción de esencia humana anterior a la existencia."

Realmente el ambiente que respiramos contiene en gran proporción incitaciones al ateísmo. Lo que le convierte en grave peligro. Pero dudo mucho que sea algo más que un accidente no despreciable; de ningún modo llegaría a afirmar que "afectara primo et per se, a nuestro tiempo y a nuestro mundo", a pesar de la gran autoridad de Zubiri, quien seguramente quiso caracterizar, acentuándola algo exageradamente, la onda expansiva del movimiento ateo a lo largo de los momentos que vivimos; en cuyo caso el acuerdo sería completo. Las situaciones históricas son incitaciones, no predeterminaciones, ni justificaciones.

Llega el momento de enfrentarse doctrinalmente con el ateísmo; de pedirle sus credenciales o de discutirse las. Podemos seguir dos caminos: la crítica interna de la construcción ideológica atea y de su génesis en el espíritu del hombre actual, y el examen de los fundamentos teóricos de la "desligación" presupuesta en todo ateísmo auténtico. La primera vía nos conducirá a percatarnos de una doble inconsistencia del ateísmo contemporáneo; la segunda nos llevará hasta la soberbia de la vida y a la nada como base de tan orgullosa actitud.

Quédese para el próximo artículo.



ORDENACION LABORAL...

(Viene de la pag. 12)

trina cristiana, de la que tan necesitado está el Mundo y a la que tan pocos, en puridad, se dedican.

Sinceramente rogamos al P. Guerrero desde estas humildes páginas de LAYE que recapacite y vea que las pretensiones de los Licenciados, también hijos de Dios y muchos de ellos ex alumnos de los colegios, pertenecientes a Congregaciones, Asociaciones religiosas, etc., etc., no son tan descabelladas como le parecen. Y piense que el fondo del problema arranca de mucho más lejos, posiblemente de la confusión de la misión educadora que debe ejercer el Estado con la confiada a la Iglesia, específicamente religiosa (Mateo, XXVIII, 19-20). Mezclar ambas cosas tiene el peligro de inducir a suspicacias y malicias, intuidas y evitadas por el mismo Jesucristo (Marcos, XII, 12-17) en su sutil contestación a fariseos y herodianos.

JOSE DIAZ
Licenciado

ORDENACION LABORAL DE LOS LICENCIADOS

Una representación del profesorado de enseñanza privada, a través del Sindicato de Actividades Diversas y de los Colegios de Doctores y Licenciados, se ha dirigido al señor Ministro del Trabajo, solicitando que se introduzcan determinadas mejoras en su actual reglamentación laboral. Las peticiones que se formulan, de diversa índole, comprenden la elevación de la retribución de los profesores en un aumento en las plantillas de titulados de cada colegio, proporcional al número respectivo de alumnos, y una solicitud de excepcional importancia tendente a garantizar la estabilidad en el ejercicio de su profesión a los licenciados y a cortar de raíz el grave intrusismo en la enseñanza. Estas peticiones, que vuelven a poner sobre el sucio tapete de la actual desordenación de la Enseñanza Media la vieja cuestión de los Colegios Privados y su modo particular de influir sobre la vida docente de la Nación, objetivamente consideradas no pueden ser más justas. De ellas se desprende estrictamente un anhelo de mejora social y profesional de los licenciados que se dedican a la Enseñanza Privada, anhelo que ha de llevar consigo, caso de realizarse, una indudable mejora de su función docente.

Sin embargo, y pese a la diaphanidad de estas peticiones, hay quienes no quieren ver claro el fondo de la cuestión y remontarse al origen del problema. Veamos —por ejemplo— lo que dice el P. Eustaquio Guerrero, S. I., en el número de mayo de la Revista "Razón y Fe". Refiriéndose a la necesidad de que los profesores de Enseñanza Media posean título oficial, escribe:

"1.º No exige el bien común —ni por lo mismo puede exigirlo lícitamente el Estado— que todos los profesores sean titulados, y *menos todavía con títulos oficiales*. Es evidente que tal título oficial no es ni necesario ni suficiente indicio de competencia para enseñar y educar; pero lo es también que, aunque implicara esa doble competencia —hipótesis irreal y hoy imposible— no es necesario de modo alguno en todos los profesores de colegios de religiosos, donde existen otros títulos y otras señales de aptitud que dan a la Iglesia mayores garantías que cualquier título oficial, para la enseñanza de muchas asignaturas y el desempeño de muchos quehaceres educativos. No podemos imaginar una situación social de la Cultura en que para enseñar dignamente sea necesario a todo enseñante poseer un título oficial, por la sencilla razón de que, cualquiera que sea el grado de cultura supuesto, siempre habrá instituciones *no oficiales* que a lo menos en muchos ramos del saber preparen tan bien y mejor que las oficiales; y siempre por lo mismo, nos parecerá injuriosa para la persona humana, y pedagógicamente equivocada, la pretensión de que no pueda enseñar nadie sin título obtenido en Centros del Estado."

Dejando aparte sus conceptos injuriosos acerca de la capacidad de los licenciados y de la Universidad para titularlos —lo cual no es sino un insulto al Estado en su misión cultural— nosotros creemos que el bien común exige una garantía mínima para enseñar, y como el bien común terrenal es de la incumbencia del Estado, a él corresponde su exigencia. Esa garantía, además la ha creado el Estado mismo y precisamente con el fin de atender al bien común cultural: el Título de Licenciado.

Por otra parte, no tendríamos inconveniente en estar de acuerdo con el Padre Guerrero en lo de no ser necesario que todos los profesores de los Colegios Privados tengan título oficial, si no fuera por el pequeño detalle —que es olvidado a través de toda la argumentación del reverendo padre— de que los Colegios de Religiosos, como los otros centros de Enseñanza Privada reconocidos, tienen actualmente —y gracias a la absurda concesión de la ley

Sainz Rodríguez— la facultad de aprobar particularmente los cursos de Bachillerato, como si de cualquier Instituto Nacional de Enseñanza Media se tratara. Y si los profesores de los Institutos Nacionales de Enseñanza Media son catedráticos, *licenciados seleccionados por oposición* ¿por qué para ejercer la misma función, eso es, la de enseñar y calificar con valor oficial, en los colegios privados no ha de necesitarse ningún título, ni aún la mínima garantía de una licenciatura?

Ordénese la vida docente de la nación, restituyase la facultad en exclusiva de juzgar a los Institutos —que para ello existen— y no se inmiscuirá nadie, entonces, en la vida privada de los colegios privados. Pero ellos mismos serán los que, si se les niega la autonomía calificadora en el Bachillerato, pondrán el grito en el cielo clamando contra la opresión estatal.

Por otra parte, nos parece justa la exigencia de la titularidad profesional en toda clase de instituciones docentes, ya que todos los países del mundo tienen organizadas en forma oficial las llamadas expresamente "profesiones liberales". Si al que remedia enfermedades sin título, aunque sea un sabio, se le persigue y llama curandero, ¿por qué no se ha perseguir y llamar intruso al que enseña sin licenciarse en su arte?

Pero volvamos, antes de terminar con la cuestión, al artículo indicado que acabará de ilustrarnos sobre las generosas intenciones que los colegios de religiosos albergan hacia los titulados. Después de dedicar página y media a estudiar la pobreza y dificultades económicas en que se desenvuelven los susodichos colegios —cuyo ejemplo más patente debe constituirlo el proyecto de colegio-residencia que los Padres Jesuitas tienen intención de construir en Barcelona sobre un presupuesto de doce millones de pesetas, según reciente carta-circular dirigida a sus ex alumnos— se ataca de frente la cuestión de la estabilidad de los licenciados profesores:

"3.º Toda reglamentación que prive a la dirección de la justa libertad para despedir al personal inepto, cambiarlo de ocupación, darle avisos, propinarle oportunas correcciones, según las exigencias de la educación y, en fin, para actuar con la libertad de un régimen espiritual y paterno, que es el propio de las casas religiosas, es incompatible con la finalidad de los colegios de la Iglesia y con su misma disciplina y fuero."

También estaríamos de acuerdo en todo ello si el problema fuera tan sencillo como aquí se presenta. Pero cuando, como ha venido sucediendo con deplorable frecuencia, se ha prescindido de licenciados de rendimiento profesional muy por encima de lo corriente por pequeñas y muchas veces mezquinas causas, nos parece de urgente necesidad reglamentar las despedidas a final de curso para asegurar, por lo menos, una continuidad en el trabajo de los licenciados cuya conducta y rendimiento sean

satisfactorios, sin dejar al albur de rencor o antipatía puramente personales o de politiquilla interior toda su vida profesional y social. ¿Por qué razón no han de tener los que trabajan en la delicada y responsable tarea de la Enseñanza la estabilidad y garantías que hoy, en cualquier país del mundo —incluida España— poseen todos los trabajadores?

Pero la preocupación del P. Guerrero es, primordialmente, la económica. Su obsesión es dar la voz de alarma ante el peligro que amenaza con hundir los colegios de religiosos: el aumento de emolumentos en los licenciados. Leámosle.

"4.º Los colegios de religiosos no son organismos ideados y fundados para absorber el paro intelectual, sino para educar a la juventud cristianamente. Este fin no sólo principal, sino único, no puede comprometerse en modo alguno subordinando su consecución a la previa o concomitante solución de un problema cualquiera de justicia social. Si un colegio carece de recursos para pagar a un profesor el sueldo que se estima necesario, vacaciones, seguros, indemnizaciones, será razonable que el Estado supla, con cierto apoyo económico, pero no que exija al colegio lo que no puede dar, pues eso sería lo mismo que cerrarlo y privar a la sociedad cristiana de bienes mucho mayores que los que se pretendían asegurar con las exigencias legales. Lo que sería injusto con una empresa de finalidades terrenales, aunque honestas, lo sería mucho más con otra puramente apostólica. De no guardarse ese criterio se parará en condenar a las comunidades religiosas a vivir como galeotes remando siempre sudorosos para que naveguen licenciados y doctores."

La última imagen es aterradora. He aquí que la ruina amenaza a los pobrecitos colegios. "...será razonable que el Estado supla con cierto apoyo económico." Pero ¿qué más quieren pedirle al Estado? ¿Que más concesiones se les puedan hacer que no les hayan sido hechas ya? Es verdad que aún no se han suprimido los Institutos Nacionales de Enseñanza Media y que no cobran derechos obvenacionales, pero en algún sitio deberán poder estudiar los que no puedan pagar las miles de pesetas que cuesta la enseñanza en los colegios privados o los que prefieren, aún, la competencia profesional de un catedrático...

Además dice el P. Guerrero que los Colegios religiosos cumplen una misión "puramente apostólica". Y por lo tanto, que las bases de trabajo solicitadas habrán de ser autorizadas, para poder aplicarse a los susodichos colegios, por la autoridad eclesiástica, única para juzgar "lo que es o no es conforme a los derechos de la Iglesia y a los supremos intereses de la cristiana educación." De la pureza de su dedicación apostólica nosotros no hemos de juzgar. Pero precisamente las cuestiones ventiladas en las bases que solicitan los licenciados son exclusivamente de tipo técnico, de naturaleza laboral, y nadie, que sepamos, se ha entrometido en los derechos de la Iglesia

relativos a la difusión de la doctrina de Cristo. Las enseñanzas que llevan a cabo los licenciados civiles en los colegios privados son exclusivamente materias culturales, científicas y técnicas de interés exclusivamente secular, no religioso. Y la regulación de este tipo de enseñanzas corresponde, en pura doctrina de la Iglesia, a la esfera de actividades encomendadas a la seguridad y desarrollo temporal del Estado. A las diversas Ordenes corresponde todo el amplio campo de la doc-

(Pasa a la pág. 11)

